

Introducción

El viento sobre el rostro de un niño despeja el cabello. Degustar el nuevo sabor de un caramelo. Descubrir el movimiento de un objeto, mantenerse parado en una pierna (tomar conciencia que sostiene el cuerpo). El sereno roce del aire en la superficie de la piel. Nombrar lo que el otro nombra sin preguntarse porque. Saltar, elevarse, sentirse flotar, caer con el peso corporal rodando en el suelo. Vencer a la gravedad sin ninguna nave espacial. Un olor novedoso, imperceptible, conmueve la comisura de los labios hasta sonreír. Todas estas experiencias infantiles enuncian la natalidad del origen, el placer de gozar con ellas en un espacio-tiempo compartido.

Los pequeños se enfrentan a la realización de lo diferente, la repetición de la diferencia, inaugura lo plural, la resignificación de una vivencia gestual enmarcada desde el inicio en la relación con el otro. El peligro de extinción de esta original experiencia, es inminente.

Lo primero que un niño experimenta, entrelaza y liga las sensaciones corporales (lo propioceptivo, cenestésico, olfativo, táctil, auditivo, visual). Sensibilidad que desborda el cuerpo, se expande hacia el afuera, lo desborda. Para ellos, no tiene explicación previa, los otros tejen el límite a través de la sonoridad de la palabra, la sensación rítmica de una caricia o la pícaro mirada cómplice.

La experiencia del Otro, transmite y transcribe la herencia. La capacidad del cuerpo de ser receptáculo, no depende de la percepción en sí misma, sino del tono libidinal que el otro dona al cobrar vida la existencia de un sujeto, más allá de cualquier diagnóstico de trastorno del espectro autista, a partir del cual, se extingue, sin tapujos, lo infantil de la infancia.

Un niño para reconocerse en la imagen que le es propia, juega con ella, jubilosamente se ríe, desaparece y aparece en la sutil pantalla imaginaria que él inventa en cada gesto. Entre la imagen percibida y el re-conocerse, existe un espacio intermedio, en el acontece la relación originaria y revolucionaria de crear un lazo lleno de vida que enaltece a la imagen con la propiedad de humanizar lo corporal. En este lugar del “entredós”, entre la imagen recibida y el identificarse con ella, circula el amor, absolutamente necesario, para que suceda la chispa del enigma por descubrir.

En el espacio “entre” (en el entretiempp), se teje la relación con la imagen del sujeto, amorosamente desea ser esa imagen, en ella, se re-conoce y al unísono, se des-conoce, para dar vida al deseo de saber, curiosear y conocer. El niño anuda, entreteje, la imagen simbólica en el mundo que lo rodea, a la vez que imagina la propia historicidad, los secretos que causan, el hacer y la plasticidad de su experiencia. En ese plus, se humaniza la sensación como representación.

La experiencia infantil de jugar, crea lo originario, escapa de lo experimentado, o simplemente vivenciado, para transformarse en gesto de una presencia devenida ausencia, dada a leer, a ver a un otro. Al jugar, los pequeños hacen uso de la imagen del cuerpo, profanan amorosamente la realidad para generar plásticamente otra que a su vez, los inventa. En ese horizonte, un objeto, una cosa, experimenta la metamorfosis, deviene un juguete cuya vitalidad responde a que ha dejado de ser (objeto, cosa) para representar otra dramática. Se produce en acto una mutación, cambia la sensibilidad, la cosa y el objeto dejan de serlo y lo sensible se historiza en la imagen del cuerpo.

Cuando un niño se encuentra con otro, hacen el juego, juegan, realizan el acto primordial e inconsciente de ponerse en el lugar del otro. No es un simple hecho banal, sino la natalidad de la trama social, en tanto ella funda el don del deseo. Los pequeños, se desprenden del afecto amoroso, es lo que se dona y causa placer en el deseo de desear. La experiencia compartida aloja la hospitalaria sensación de existir juntos con otros en una comunidad, a la cual, por dicho amor, pertenecen.

Sin el lazo social primordial, no hay comunidad y sin ella, el amor no decanta en historicidad, por el contrario, se aísla en la inmovilidad móvil del mismo quehacer de la experiencia que se basta a sí

misma. Consumida en la mimesis de la reproducción de lo igual, se excluye la diferencia. Crea la segregación de todo aquello que difiere de ese hacer, se eclipsa la alteridad y el deseo de cualquier dimensión desconocida. La fuerza mimética en potencia se consume en la acción que emprende. Sin comienzo ni final, no admite el deseo y la deuda simbólica (eje en el cual se configura la herencia).

Lo originario del lazo social, ocurre en la infancia, como condición de la experiencia infantil, ella está en peligro, se extingue cada vez que se nombra a un niño, perteneciendo a la comunidad de los denominados “espectros autistas”.

El placer de gozar al jugar con un juguete, moverse con el propio cuerpo, encontrar diferentes piruetas posturales, recrear gestualidades, descubrir las peripecias que se pueden realizar con un muñeco, mover un autito por un túnel hecho de sillas. Escondarse debajo de una mesa sin que nadie pueda verlo (mirar el mundo desde los pies). Entreabrir una puerta, sigilosamente, espiar por la cerradura. No parar de reír a carcajadas por un olor o un sabor inasible pero fundante. Configuran una experiencia gozosa que queda enlazada entre la imagen de la escena y la memoria corporal de una sensación, intensa, irrecuperable, pero por eso mismo, causante de nuevos deseos.

Los acontecimientos en la infancia no están determinados todos genéticamente, en este concepto coincidimos todos, (neurólogos, genetistas, psicólogos, psicoanalistas, psicopedagogos, psicomotricistas, etc.), necesita de otro que, al jugar, ponga en juego al propia herencia como don amoroso (dar lo que no se tiene a un niño que todavía no llega a serlo). Parecería que la epidemia de espectros y autismos, está en camino, hace solo unos treinta años, se consideraba un caso de autismo en mil nacimientos, en los últimos diecisiete años, la cifra descendió a uno en ciento cincuenta. Desde el año dos mil diez, se describen cada vez más autismos, hasta llegar a la escalofriante cifra de un caso en cincuenta niños varones recién nacidos con la etiqueta supuesta de trastorno del espectro autista. El edén se retira poco a poco del jardín. La experiencia infantil está en peligro de extinción.[\[1\]](#)

En este libro, propongo abrir los diagnósticos y pronósticos para poner en juego la plasticidad necesaria que nos permita a todos nosotros ser otro, de esta forma perder la propia experiencia infantil para donársela a un niño que sufre y nos demanda el placer del deseo de estar y jugar con él. Dejémosnos inventar por cada niño y adolescente que sufre y nos confirma día a día que la pasión destruye el destino prefijado y diagnosticado previamente de espectro autista.

Queridos lectores, al recorrer las siguientes páginas abro las puertas, los invito a pasar al consultorio. Se encontraran con Ezequiel, el dolor del rostro, diagnostico de espectro autista, poco a poco se disipa, emerge el deseo de desear en la naciente gestualidad.

Alan, se opaca en la acción sensorial, enuncia los colores, nombra las letras, cuenta correctamente los números. En la densidad solitaria del hacer, no llega a jugar. Un títere travieso, lo ayuda a recuperar la picardía, el placer en arrojarlo, dejarlo caer y volver a lanzarlo, desborda el espacio, ilumina la alegre postura. Expande el lugar, se esconde; a carcajadas aparece, grita sonriente: demanda.

Ariel, huidizo, corre, inquieto tiembla el eje postural axial, al detenerse, con una extraña tonalidad de voz, reproduce palabras, gestos, actitudes que pierden espesor, descascaradas, encarnan el sufrimiento áspero, atrapado en un espejo sin azogue. Entre las corridas, los sonidos, la rapidez de los movimientos, encontramos una pequeña rendija para mirarnos en el “entredós” relacional, entretejidos en esa instancia, descubre el placer de sentir placer jugando a otra escena.

Joan, desorientado, agitado, mira expectante, atento, duda, eleva el tono muscular, desconfía, intranquilo, escucha la expresión indispueta, dolorosa de su mamá: “Doctor, ¿mi hijo es autista?”...¿Qué puede sentir un niño pequeña sometido a la cruel fijeza e inmovilidad, acuciante del diagnóstico-pronostico?

Al entrar en la experiencia ficcional, Joan escapa de la etiqueta, emancipado de ella, toma la palangana llena de agua, hace de cuenta que es un río, introduce peces (globitos), muñecos, hilos, piedritas, en forma circular los mueve. Crea un remolino “gigante”, los hunde, ahoga, los rescata, curados, vuelve a meterlos al recipiente, levanta la mirada, sonrío, el rostro despejado abre la pausa, espera e invita a girar en el espiral a su lado que él acaba de inventar.

Pablo tiene dos años, cabizbajo sostiene una autito, denota fragilidad en cada movimiento, lábil, esquiva el contacto, ensimismado, mueve las ruedas, reproduce la misma secuencia, clausura cualquier otra. “¿Qué es eso?...¿Que es eso?”, pregunta con una vocecita apenas audible, frente a un muñeco que desea relacionarse con él a través del autito. Es un interrogante que incluye al otro, abre una brecha deseante, un enigma que invoca la demanda y la respuesta afectiva que ella conlleva.

“Paciente de dos años, sexo femenino. Diagnóstico del trastorno del espectro autista (F.84.9)”. Ella sustenta el temor en la vulnerabilidad de la mirada, tensa, amenazada, deambula agitada sin referente. El títere Toti quiere pasear, compartir el deambular con ella. Registro la pequeñez de un breve detalle, modifica el eje postural cada vez que Toti le habla, canta o se entremete en su camino.

Patricia detiene la marcha en la cocina, mira la pecera, el movimiento de los peces la cautiva, hablo con ellos, nos contestan: “Tenemos hambre”, Toti busca la bolsita y les da de comer, Patricia extiende el brazo, lentamente mueve los dedos de la mano, el títere le da el alimento, se acerca y lo suelta en la pecera, los cinco pececitos nadan para alcanzar la esperada comida. La sonrisa de Patricia recrea la experiencia, se re-conoce en el placer de desear.

La ansiedad inunda el cuerpo de Mateo, repite automáticamente el saludo: “Hola Esteban”. Mueve los dedos, tiembla el cuerpo, la tensión sostiene la postura, sin mirar a nadie, entra al consultorio a lavarse las manos. No titubea, expresa lo que hace en un tono monocorde, como si fuera una lengua extranjera: “Primer paso: higiene, agarrar jabón (cuando lo dice, lo realiza)...segundo paso: abrir canillas...tercero: enjuagar manos...cuarto: cerrar la canilla...quinto: dejar jabón...sexto: secarse...último paso: apagar la luz”. En unos segundos, completó la serie higiénica, indiferente a cualquier otra cosa que fuera el adecuado comportamiento aprendido. La frialdad de la acción, nos conmueve.

Luego de dos años de tratamiento, cuando a lo lejos me ve llegar, sin mediación, sale corriendo, extiende los brazos, comienza la carrera, él está en la puerta del consultorio, se dirige a la esquina por donde habitualmente, llego caminando. Un hilo invisible nos une, Mateo da la bienvenida, sin parar de correr, el cuerpo no le pesa, mirándome se aproxima, acelera y dona un abrazo. Él existe, sin ser ni parecer, un espectro autista.

Corpulento, Facundo se agacha, mira una moto que está estacionada en la puerta del consultorio, nadie puede interrumpir ese instante que se prolonga en el tiempo. Toca el asiento, el manubrio, se acuesta frente a ella, parece olerla, acaricia el pedal, observa el motor. En esa posición, resulta muy difícil sacarlo, él resiste, el remisero y la empleada tironean, empujan con fuerza, hasta lograr alejarlo y dirigirlo a la puerta. ¿Es posible producir una experiencia que rompa la monotonía, que transforme la actitud estática, fija en una gestualidad convocante?

Cristian tiene dos años, el bruxismo permanente repiquetea en los oídos, tiemblan los dientes, la angustia carcome la acción. Algunas rutinas y rituales estereotipados, lo calman. Al llegar, amontona unos autitos, los acumula uno junto a otro, se crispa y los deja. Aparta unos animalitos de madera, los tira al suelo, los empuja y los vuelve a poner dentro de una caja. Procuo dialogar con los animales, construir una serie, pero los intentos se pierden, se escurren en la constante actividad motriz y la tensión que acompañan la acción. Acercó un títere pájaro, picotea, vuela y decide jugar, molesto, entrometido, quiere todo para él. Cristian detiene el bruxismo, lo mira expectante, el pájaro

se acerca y en un rápido movimiento, le saca una zapatilla. Sorprendido, lo mira, extiende el pie y comienza a reírse, el títere continúa sacándole la media. Rápidamente, mueve la otra pierna y le demanda el mismo gesto. ¿Será este el inicio de una gestualidad posible?

Cundo lo veo a Mario, me encuentro con un niño de ocho años, postrado, acostado en el suelo, la leve mirada se pierde entre la postura, las manos y la inmovilidad apretada, sufriente, cierra los ojos, parece oprimirlos, gira, en uno de esos movimientos, intento saludarlo, frunce el ceño (como si algo le doliera). Ante esta reacción, anticipo una actitud tónico-postural como un gesto y exclamo: “Que dolor, me duele cuando haces así, hay, hay, me duele”, en este instante, abre los ojos, nos miramos. Nuestras miradas se tocan en el dolor sin palabra de la tristeza, lentamente, entramos al consultorio...

Alejandra lleva el diagnóstico de trastorno autista, tiene siete años, al llegar, no puedo ver su rostro, se inclina, permanece tapada por el cabello, un movimiento torpe, repelente, delimita un andar solitario, pesado, duro, la actitud de desazón, eclipsa la apertura a otras experiencias. Al abrir la puerta, se desparrama por el suelo, mi mirada rebota frente a la desdibujada escena, perplejo, intempestivamente, en ese momento, acostada, golpea varias veces la cabeza contra el suelo. El ruido estrepitoso de los golpes, sin el menor registro del dolor, ensordece el cuerpo y cuestiona la propia imagen. Grito: “No, no te golpees, hay, hay, a mí me duele, hay, hay, que dolor”...Ante la enérgica reacción, frente a lo obscuro de la escena, para de golpearse, tras la espesura del pelo, nos miramos, ella, Alejandra, se oculta en la potente desmesura de una tristeza solitaria que alcanzo a divisar. ¿Será este el primer espejo donde reflejarse y re-conocerse en otra posición?

“Capitán vamos a jugar a la nave”, a los cuatro años, afirma Felipe (con un diagnóstico de espectro autista). La postura y la gestualidad acompañan la frase, expectante, agazapado, espera la respuesta, la mirada cómplice acompaña el ritmo escénico, estamos en la puerta del consultorio, donde nos acabamos de encontrar, repite: “Vamos capitán, tenemos que viajar a la luna, hay que preparar toda la nave”. La vibración corporal y el placer se dejan entrever en el impulso y el deseo de entrar lo antes posible para comenzar la aventura.

Felipe acomoda la postura, extiende el tronco y levanta las piedras (pelotas), del cohete interestelar, expectante exclama: “Este es nuestro tesoro a jugar...”

[1] Tal como lo describe Pascal Quignard, en el libro “Las sombras errantes Último Reino I”: En el curso de los últimos seiscientos millones de años la Tierra conoció siete extinciones masivas de especies. La primera data de comienzos del cámbrico, hace -540 millones de años. Somos los contemporáneos de la última de esas extinciones. Al final del siglo XXI la mitad de las plantas y de los animales que aún existe se habrá extinguido. Véase, Quignard, Pascal, Las sombras errantes. Último reino I. Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2014.